

Queridos hermanos en la Alianza,

El mes de diciembre está teñido de colores y ritmos diferentes a otros meses. Hay actividades de las más variadas: primeras comuniones, reuniones para cerrar el año, ceremonias profanas y religiosas, protocolares y muy sentidas: encuentros con amigos, con compañeros de trabajo, gente de la Rama o del Movimiento. Todo conduce a la sensación de que, tanto el año como el mes, pasan tan de prisa, que se nos escurren de las manos.

Si bien nos hallamos en Adviento, el sentimiento más generalizado es estar ya a fin de año. Es bueno preparar el arbolito, encargar el lechón y el champagne, comprar los regalitos, alquilar el lugar para las "merecidas vacaciones", comprar los pasajes antes de que se agoten las plazas y aprovechar que se levantó el cepo...

Pero me pregunto **¿Dónde estamos, vos y yo, más allá de todo esto necesario y saludable?** ¿Será posible dedicarle también tiempo a lo más bello de diciembre? Preparar el momento donde podamos ingresar al pesebre y tener la presencia sensorial de Jesucristo: tocarlo, relacionarnos con Él cuerpo a cuerpo, escuchar su llanto, decirle unas palabras, mirarlo y dejarse mirar; rozarla a la Virgen y pedirle permiso para recibir a Dios, Hermano, Hijo del Padre, Niño redentor. En una palabra, salir a SU encuentro, como lo vinimos haciendo todo el año.

Me gusta considerar al Santuario como nuestro Belén, donde María da a luz a su Hijo. Las gracias del Santuario son gracias del pesebre y de la Misericordia. Como en Belén, allí Ella nos acoge y regala hogar y terruño; allí nos transforma en imagen de Aquél que es la Misericordia del Padre y del que nace en un establo. Allí ella nos envía a ser testigos vivos de la Navidad "se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su ternura a los hombres" (Carta a Tito 3,4).

Hace exactamente 50 años, el 13 de diciembre de 1965, después de 14 años de destierro, el Padre Fundador escribía una carta navideña a la Familia. Él unía allí la Nochebuena con la misericordia: dos dimensiones que se dan la mano en esta Navidad 2015.

Él decía en esa carta que el "milagro de la Nochebuena" desvelaba la imagen de Dios, del hombre y de la comunidad.

La imagen de Dios, afirmaba el Fundador, es la de un Padre lleno de misericordia: Él no nos ama porque somos buenos y nos comportamos bien, sino porque simplemente es nuestro Padre.

De allí surge la imagen del hombre: la misericordia del Padre fluye con más riqueza cuando aceptamos nuestros límites, debilidades y miserias. Ellas son razones suficientes para que su corazón de Padre se abra y nos compenetre su amor. Navidad es la conjunción de la infinita misericordia y miseria insondable.

Navidad es por otro lado, la fiesta de la comunidad, de la familia. Es lo que anhela la patria, el mundo, la Iglesia: hacer presente el elogio mayor que recibieron un día los cristianos: "Miren como se aman".

La carta del Padre Kentenich terminaba así: "*Anhelo la bendición de Dios sobre todos nosotros, en el sentido de los años pasados y sobre nuestra misión para el futuro. Con un saludo cordial y mi bendición sacerdotal, José Kentenich.*"

Queridos hermanos, yo me sumo al "saludo cordial y la bendición sacerdotal" del Padre Fundador. A quienes lean estas líneas les prometo llevarlos al pebre en la Nochebuena. Juntos salimos al Encuentro. Porque también Jesús sale al nuestro. De esta forma la fiesta jamás tendrá fin.

